

¡Piénsatelo! (9)

Leí hace pocos días un recorte de periódico titulado: "La maldad de Dios". La tesis del autor del breve artículo era que no hay manera de 'salvar' a Dios de la acusación de ser el culpable de todo el sufrimiento que hay en el mundo, y eso por varias razones: (1) el ser humano no le pidió a Dios que lo creara; (2) Dios creó todo lo que creó para su propio beneficio, y no para el beneficio ni del ser humano ni de ninguna otra criatura; (3) el libre albedrío del ser humano es totalmente ficticio – no existe tal libre albedrío – y por lo tanto no se le puede hacer al ser humano responsable de sus malas acciones; y (4) todo el sufrimiento que hay existe porque Dios quiere que exista, y no hay que darle más vueltas. En fin, ¡un cuadro bastante deplorable de un Dios egocéntrico y sádico que no merece ser ni amado ni adorado por nadie!

Sin embargo, el autor del artículo se delata a sí mismo – dice cosas como: "Si Dios creó al ser humano..."; "Si Dios dotó al ser humano de un sistema nervioso como sistema de alarma..."; "Si realmente ese dios existiera..." Si las dos primeras de estas citas nos sugieren una duda en la mente del autor sobre la existencia de Dios, la tercera parece casi concluyente; ¡el autor está atacando a un "dios" en cuya existencia él mismo no cree! – ¡el Dios de otros, pero no el suyo!

Y precisamente ahí está el problema de los ateos: ¡no pueden tachar de 'malo' a un ser que no existe!, como si dijese: "El Dios de los creyentes es muy malo; de todas formas, nosotros no creemos que exista tal Dios." Es sorprendente el acuerdo aquí entre creyentes y ateos: ¡ambos tienen la firme convicción de que no existe un Dios malo! Pero es más; el ateo, al no poder echarle la culpa de nada a un Dios en cuya existencia no cree, tiene que explicar todo lo que hay, incluso todo el sufrimiento que hay, sin hacer ninguna referencia a Dios. Pues, ¡adelante! – ¡que nos lo explique todo! ¡Que nos explique la maldad de los niños, el creciente abismo entre los ricos y los pobres, las terribles guerras de la humanidad civilizada y sofisticada del siglo XX, la corrupción inherente de todo tipo de sistemas políticos – en fin, la inhumanidad del ser humano para con sus semejantes! ¡¿Acaso convence la explicación del azar, la mera casualidad, que parece ser 'el candidato número uno' de la filosofía atea?!

Yo no digo que creyendo en Dios, en el Dios bueno del cristianismo (y de otros), desaparezcan todos los interrogantes de la vida, ni mucho menos. Pero, pese a todas esas profundas preguntas sin respuesta satisfactoria, la fe – no "ciega", sino razonada y razonable – del creyente, le lleva a confiar en un Dios Creador y soberano, que creó un mundo y una humanidad perfectos, que permitió el origen del mal pero sin ser él el autor de él, que de alguna manera entra en el sufrimiento y el dolor nuestros, que nos ha provisto de una salida – una salvación – del pozo en el que nos hemos metido, y que un día nos 'descodificará' los misterios que todavía nos atormentan. ¡Creo que el Dios bueno del creyente tiene bastante más sentido que el Dios malo del ateo!

Andrés Birch
pastor@iglesiapalma.com